

PERDON DE LA PALABRA

– Fragmento de una novela en curso –

¿Volvería a empezar? Aunque el azar puso el lugar, con el tiempo se digitaban los signos de un destino. Unos nacen con estrellas y otros nacen estrellados, fue el comentario. Bandas dispersas y bandoneones estirados, por la noche, en ese lugar de la ciudad. Amigos que ya no son y esa lluvia que persite hasta el amanecer, cuando el cuerpo dice basta y un tejido impreciso de palabras se precipita en el sueño.

Entonces una imagen se dispara en la oscuridad y es el cuerpo perdido en medio de los espacios infinitos, mientras el deseo urde imprecisas constelaciones. El lugar, sin embargo, está sujeto a variaciones que no pueden ser previstas por el punto, el plano y la línea. Embudo de gelatina, cono de sábanas con densidad de carne. Lugar que la fiebre dibujó en los primeros años y donde el tacto alucinado intenta en vano encontrar las consistencias amadas. Aquellas bandas de amigos puestas en ese lugar para evitar la caída de la madrugada se dispersaron cuando la edad ingrata concluyó –para nosotros– en el ritmo de aquellos bandoneones. Una orquesta de barrio en (pleno) centro y el ajetreo de los tangos, del otro lado del puente. Porque alguna vez el lugar pasaba por calles desoladas, por vías de ferrocarriles que se llaman muertas, por estaciones de colectivos en la provincia y bares donde los mozos tienen el color de las paredes.

Oscuro frenesí de muchedumbres coreando por las calles estribillos infantiles y portando anuncios donde se realizan los sueños. Trucos de la palabra que enar-

dece los cuerpos anónimos enhebrados por el rosario de algunos anhelos comunes. Excluidos de esta felicidad solíamos visitar una casa donde se venden sorpresas de otras magias. Por lo menos, una vez a la semana encontrar en ese lugar dedos de goma ensangrentados, máscaras chinas y naipes de las proezas. Un comercio oscuro en la calle Libertad donde el misterio es una bagatela y los deseos juegan una fragmentación de cuerpos en los espejos ilusorios. Magia barata, casi familiar. El pretexto pueden ser los chicos, los almohadones de goma que producen ruidos abominables, los potes de crema donde un payaso salta al estirarse un resorte multicolor.

Las máscaras de goma que se adhieren a la cara sirven para mirar el pasaje de una manifestación que se deforma en un espejo convexo puesto en la puerta del negocio.

Después, con un retrovisor cóncavo ver la muchedumbre que se aleja cantando mientras algunos cabecean con prudencia en la vereda, ya que nadie sabe que anda cabeceando quien lo mira a la espera de una palabra que revele sus inclinaciones más secretas.

Por el espejo los que se alejan se funden con las figuras de cera del museo de Lavalle (un Drácula de sangre polvorienta en los colmillos, una princesa con tela de araña en el escote, una figura de frac y torso desnudo con moño sobre el cuello amarillento).

Expectante, el espectador sueña con ser actor. Incluso desde la escena hay quienes lo invitan a participar en la pesadilla de la historia, quienes le proponen invertir su cuerpo en la salvación de su alma.

Una lancha para los naufragos —dice el ingenio juvenil que suele olvidar sus palabras. Cuando el sueño parece entregar su último deseo la realidad se encuentra en el descanso y se puede seguir soñando.

La loca del rubí —dicen también, como si nadie conociese la pasión que despierta en ellos las piedras de colores. Palidecen cuando se les habla de esto y nadie se sorprende de las arañas y murciélagos de goma que se venden hasta en los quioscos.

Es verdad que el ojo del amo engorda el ganado y que muchos animales van de madrugada al matadero hipnotizados por el fulgor de esa mirada, aunque las profecías insisten tratando de provocar sus enunciados.

En el ajeteo hay unos peones de la provincia de Buenos Aires, peones de un ajedrez antiguo. No hay que verlos, sino escucharlos. En especial por la noche, cuando la *faena* les facilita el boliche. Esas palabras sin bandoneones, algunas veces acompañadas por guitarras y otras por flautas, golpean las orejas. Son dichas al pasar y tramadas con refranes y sentencias. Palabras cogitantes del desco, de la vida y hasta del porvenir y el universo. Palabras cariñosas, incluso, cuando el paseante es de la ciudad y llega como al descuido difrazando la infautación de respetuoso alerta. Peones que quedan y se quedan mirando al desconocido, improvisando para su presencia. Los hay industriales y manuales, seguros de que el sentido es tan abundante como las cosechas. Cuando el mal de ojo les sugiere la envidia (neid) organizan complejas maquinaciones vengativas donde los cuerpos reproducidos en cera armonizan con fotos enterradas debajo de un sapo vivo. Los hay de ahora, confiados en que toda la actividad del mundo encuentra su coronación en una camioneta *Ford* con amortiguación independiente y tracción en las cuatro ruedas. Los hay estudiosos, que hacen caso del doctor y del patrón. Los hay malignos, que buscan en el vino la potencia de Dios. Los hay melancólicos, que se abisman en la tarde hasta encontrar el ser para la muerte. Los hay barrocos, que se alhajan el cuerpo con monedas extrañas y charoles y sedas que brillan al sol. Los hay, en fin, los que Molina Campos.

Forman un conjunto en torno al desconocido que ha llegado de la ciudad con una valija llena de trucos, con unos espejos cóncavos y otros convexos, con el recuerdo de una muchedumbre cantando y una banda de amigos que suspira bandoneones a la espera de la esperanza de que el deseo no se extinga en los fuegos de la juventud que desaparece.

El paseante retrocede en una esgrima de sonrisas y sale de la penumbra del boliche al sol que tribula la siesta. Un higo cae de maduro, se desprende de una higuera en el terreno baldío. El paseante por azar, lo caza en el aire. Revienta en la mano, rojo a la mirada y caliente al tacto. El paseante corre hasta una bomba, lava el higo y se lo come. Sigue y encuentra una vieja moneda argentina, una moneda de cobre con la fecha y el número borrado. Cruza entre unas ortigas que le ronchan las piernas y se tira debajo de unos árboles a desolar la tarde. Palidece en un recuerdo y el color le vuelve al ver un pájaro rondando por el zumbido de una aveja. Un camino de hormigas es obstruido por el zapato inmóvil y las insistentes cruzan un borde de cordones y prosiguen su laboriosa certidumbre. Una hora después insola el camino de arena que conduce al río, entra desnudo al agua y cruza hacia los árboles de la otra orilla con la ropa y los zapatos enarbolados en la mano izquierda.

Le bastaría saber de dónde viene para recordar por qué se encuentra entre los árboles cortando ortigas por el tallo mediante el silbido de una varilla de mimbre. Escucha el roce de una víbora, de pronto erguida frente a sus ojos. Lenta, la respiración desaparece. Acto seguido la varilla corta el vibrante nudo verde que se anilla en dos mitades incesantes. La respiración, triunfante, aspira el frescor de los árboles.

Camina bordeando el alambre de una estancia con patrones ausentes y peones que se dirigen a sí mismos, guiados por la fuerza del destino.

Se levantan de noche, se acuestan al atardecer. Curten la pálida resaca de unos cueros con sal y el 25 de mayo doman caballos y visten con los cuchillos hasta que alguno se lastima.

El paseante es capturado por el sortilegio de la mirada vacía de una vaca. Suelta la varilla de mimbre y extrae de la valija una máscara de goma que cubrirá su rostro, proponiendo el horror de unos colmillos y unas ojeras de película gótica. La vaca, pétrea, parpadea. Luego se mueve y la sigue. Le gustaría dormir junto a

la vaca, comer gramilla con ella y lavarse en la lluvia. La vaca se mezcla con otras. Si no vuelve a mirarlo nunca sabrá cuál era. Queda la tarde y el pasto. Debajo de unos árboles se stremece sobre la gramilla fresca. La tierra es tibia. Distráido hace un agujero con un palo. Apoyado en los codos se corre hasta introducir su excitada desesperanza en el lugar abierto. La cara contra el pasto, la ondulación del cuerpo: la mejilla arde sobre el pasto fresco y palidece hasta que el sueño lo esfuma en lo absoluto.

Germán L. García